

RESEÑAS

Juan Ramón DE ANDRÉS MARTÍN, **La guerra del general Cruz contra la independencia de México. El brigadier realista José de la Cruz como comandante general de los Ejércitos de la Derecha y Operaciones de Reserva de la Nueva España (1810-1811)**. Madrid: Editorial Dykinson, 2020, 215 p., ISBN: 9788413247106

José de la Cruz Fernández (1776-1856) es una figura destacada, aunque poco conocida, en la historia de las armas españolas correspondiente al convulso período que media entre la Guerra de la Convención y el final de la Primera Guerra Carlista, episodios ambos en los que intervino. Natural del pueblecito de Arapiles, poco se sabe de su familia; sí que comenzó estudios en Salamanca, a los que renunció pronto para enrolarse en el ejército, al que se dedicaría en alma y cuerpo. Partiendo de empleos humildes alcanzó por méritos propios, al filo de incontables batallas, los más altos grados del escalafón. No estudió en academias militares, pero su formación salmantina le proporcionó una pluma rotunda, no exenta de elegancia, que se refleja en sus escritos, de perfil eminentemente administrativo o castrense pero bien contruidos y en ocasiones vibrantes. Las fuentes que maneja Juan Ramón de Andrés proceden del Archivo General de Indias, del Archivo General Militar de Segovia y del Archivo General de la Nación (Ciudad de México).

Vivió su bautizo de fuego, con rango de sargento, en la Guerra de

la Convención, y resultó herido en el Rosellón. Más tarde intervino en la Guerra de la Independencia, en la estela del voluntarioso general Cuesta, y participó, entre otras batallas, en las de Burgos, Medellín y Talavera. En 1808 obtuvo los grados de capitán y comandante, y al año siguiente el de brigadier. En abril de 1810 el Consejo de Regencia dispuso su traslado a las Indias, con su nombramiento a ese efecto de Comandante de la primera Brigada de las Milicias de la Nueva España y el encargo de acompañar a México al nuevo virrey Francisco Javier Venegas. España, a la vez que luchaba contra Napoleón en defensa del solar patrio, se vio en la precisión de sostener un tremendo combate en sus territorios ultramarinos, donde, por influjo de la Ilustración y de la Revolución francesa, prosperaba el independentismo entre la población criolla. Daba así comienzo para José de la Cruz el período más sobresaliente de su trayectoria histórica, que se prolongó hasta agosto de 1821, cuando, cuatro meses después de la proclamación del Plan de Iguala, se vio forzado a capitular ante el ejército Trigarante.

Juan Ramón de Andrés, en la actualidad profesor titular de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid, ha trabajado en universidades mexicanas a lo largo de diez años y fue miembro del Sistema Nacional de Investigadores (CONACYT) de México. Una parte importante de su producción historiográfica, que componen una decena de libros y numerosos artículos, se centra en temas de historia mexicana. Así, los libros dedicados a la controvertida actuación del guerrillero navarro Javier Mina en el Virreinato de Nueva España –*El Imperio español contra Mina* (2008) –; a la acción de gobierno (1671-1676) de otro navarro eminente, José García de Salcedo, en la provincia novohispana de Nueva Vizcaya –*Al servicio de ambas Majestades* (2016) –; y a la figura de Lucas Alamán y Escalada (1792-1853), preclaro intelectual del conservadurismo mexicano, de quien Humboldt dijo que era una de las inteligencias mejor cultivadas que había conocido –*El Virreinato de la Nueva España frente a la Constitución de Cádiz durante el período de la Independencia de México. La llave histórica de Lucas Alamán* (2018)–. En el que ahora nos ocupa ofrece Juan Ramón de Andrés, a la vez que un análisis pormenorizado de la actuación bélica del general Cruz, un retablo sugestivo del contexto militar de la primera insurrección mexicana, con abundancia de precisiones sobre la situación política, la organización administrati-

va y las inquietudes de la sociedad novohispana en un tiempo que fue convulso en extremo.

El levantamiento del cura Hidalgo en Dolores, localidad de la que era párroco, el 19 de septiembre de 1810, fue el punto de arranque de la insurrección independentista en México, que en su primera fase se expandió con rapidez prodigiosa, hasta el punto de que los sublevados estuvieron a punto de entrar en la capital. El movimiento no tardó en transformarse en una explosión de odio de razas y de pobres contra ricos, activada por el talante exaltado y demagógico de Hidalgo; deriva que suscitó pronto la oposición decidida de los grandes hacendados, de un amplio sector de los criollos, del clero y del ejército. Hecho destacado, del que queda abundante constancia en la documentación que maneja Juan Ramón de Andrés, fue la escisión entonces del bajo clero novohispano, por influjo del mensaje social y milenarista de Hidalgo, entre revolucionarios y fidelistas, erigiéndose muchos de los primeros en cabecillas de las incontables partidas en que se fraccionó el movimiento insurreccional.

Con antelación a la llegada del virrey Venegas, Félix María Calleja, brigadier español arraigado en México y buen conocedor de los asuntos novohispanos, había capitaneado una primera reacción que culminó con la victoria resonante en Aculco, el 7 de noviembre. El ejército de Hidalgo, numeroso pero

carente de preparación y disciplina, se dispersó sin apenas resistencia. A la derrota vino a sumarse la escisión de Ignacio José Allende, colaborador principal de Hidalgo, cuya capacidad militar y política era superior a la suya. Sin embargo, el movimiento insurreccional no cesó de ampliar su campo de acción. Hidalgo y Allende fueron, a lo largo de meses que siguieron, los principales adversarios de Calleja y Cruz, brigadieres del ejército real, cuya actuación coordinada en contra de la insurrección –sus fases, estrategias, éxitos y fracasos– constituye el tema central del libro de Juan Ramón de Andrés.

El virrey Venegas, después de un primer momento de desconcierto, dispuso la distribución de las tropas realistas en varios cuerpos, con la misión de converger sobre Guadalajara donde Hidalgo había reorganizado su gobierno. Sus tropas habían entrado en la ciudad con vivas a la Virgen de Guadalupe y a Fernando VII y con mueras a los *gachupines*, término que designaba a los españoles afincados en la Indias. Significativo de la ambigüedad de Hidalgo, que se pretendía fiel a la monarquía, es el hecho de que al entrar en la Audiencia de la ciudad ordenó, al parecer, retirar el retrato de Fernando VII porque “ya no significaba nada”.

De las divisiones citadas, a la capitaneada por Calleja le correspondió despejar la ciudad de Guanajuato; y a la de Cruz, el encargo de liberar la población de Huicha-

pán. El operativo previsto resultó eficaz: Calleja recobró Celaya y Guanajuato, y Cruz Huichapán, en cuyo territorio hubo de ocuparse de desarticular numerosas bandas dispersas de insurrectos. Entre los colaboradores de Cruz destacaron, al frente de unidades volantes, el coronel Francisco Rodríguez y los oficiales Ángel Linares y Francisco Amat, de quienes el propio Cruz destacó su entrega y valentía, de las que carecían, en palabras suyas, otros “oficiales de alfeñique”, “atentos solo a su conveniencia”. A finales de ese año 1810, siguiendo un plan ideado por Calleja, ambos brigadieres avanzaron en dirección a Guadalajara, donde los insurgentes se habían reconcentrado. Cruz entró en Querétaro y a finales de diciembre ocupó Valladolid. Su entrada en esta ciudad se escenificó de forma triunfal, con el ceremonial al uso en ocasiones similares: recepción bajo palio del comandante victorioso, acceso a la catedral entre manifestaciones de gratitud popular a Dios por la libertad recuperada, solemne Tedeum y misa mayor. La de Valladolid era, sin embargo, una población difícil, cuyo obispo, conde de Sierragorda, había levantado la excomunión del cura Hidalgo, de lo que pretendió justificarse por la presión de las “bayonetas insurgentes”. La reorganización de la ciudad le supuso a Cruz un esfuerzo considerable, debido a la abundancia de elementos “sospechosos”, muchos de ellos eclesiásticos.

Finalmente, ambos brigadieres se aproximaron a Guadalajara, después de que Cruz derrotara a las siempre desorganizadas huestes de Hidalgo en Urepetiro el 14 de enero de 1811, y obtuviera Calleja tres días más tarde la victoria de Puente Calderón, encuentro que señaló el fin de la primera etapa de la insurgencia. Sus tropas entraron al fin en Guadalajara, de la que habían huido los insurrectos, y fue allí donde Calleja y Cruz se conocieron personalmente.

En la reordenación subsiguiente, Calleja conservó el mando del ejército virreinal, que Cruz no le disputó, no obstante sus éxitos y mayor antigüedad, en atención a su conocimiento del terreno y experiencia en los asuntos virreinales. Calleja y Cruz siguieron colaborando de forma dinámica, de lo que da testimonio la abundante correspondencia que mantuvieron a lo largo de ese año 1811, cuidadosamente estudiada por Juan Ramón de Andrés.

Tanto Cruz como Calleja aplicaron a lo largo de esa etapa, con la aquiescencia del virrey, una estrategia disuasoria eficaz, a base de severos castigos a los recalcitrantes y amplios indultos a los arrepentidos, pues entendían que una parte principal de los insurrectos eran “infelices forzados”, seducidos o arrastrados por “la infame conducta de los cabezas miserables de la insurrección”. En los bandos oficiales que publicaban los mandos españoles luego de cada entrada en una localidad importante, se precisaba el alcance de las medi-

das punitivas y el modo de solicitar el perdón. Calleja y Cruz se referían en su correspondencia, que era fluida, al uso de “rigor” con los rebeldes, pero con “tal cordura que les quedara siempre la esperanza de salvación”. Cruz se lamenta reiteradamente de las dificultades y retrasos que conllevaba la aplicación de justicia según la “rutina antigua”, garantista y procesalmente lenta, pues requería de consejos militares y de la intervención de auditores de guerra. Al igual que otros mandos militares en aquel conflicto interminable, reclama un “método sencillo militar” para solventar los procesos criminales. En ocasiones, cuando el conflicto alcanzaba niveles que Cruz denomina de “guerra a muerte”, se vio en la precisión de anunciar amenazas severísimas, y de llevarlas a efecto mediante la práctica expeditiva de diezmar o quintar a las gavillas de insurrectos más obstinados.

Prosigue la historia de las campañas de Cruz a lo largo de ese año 1811. En febrero hubo de ocuparse, al término de un largo y montuoso trayecto, de liberar las localidades de Tepic y de San Blas, siendo ésta un enclave portuario estratégico para la conexión mercantil entre los dos océanos. Al regresar a Guadalajara, accede al rango de Comandante General de la Nueva Galicia. Siguieron tiempos difíciles, obligadas sus tropas a perseguir a partidas rebeldes que, muy móviles, practicaban una interminable guerra de baja intensidad, rehuyendo la confrontación en campo abierto. Cruz no ceja

en la empresa, aunque se le antoja insufrible: “Estoy achicharrado y frito con tanta cosa como ocurre”, le confiesa a Calleja, “que si ese modo de vida se prolongase acabaría con mi propio pellejo”.

Con el transcurso de los meses el enemigo fue perdiendo fuelle y son muchas las localidades que reconocen sus “yerros” y solicitan “clemencia”. Hidalgo desprecia por su parte, altanero, el indulto que se le ofrece, afirmando que cualquier acuerdo debía conllevar la “libertad de la nación”. Por fin fue capturado el 21 de marzo, casi a la vez que también Ignacio José Allende, quedando a cargo de Cruz la custodia de los numerosos mandos insurgentes que fueron apresados entonces.

La guerra se prolonga y Cruz sigue en la brecha con denuedo, agobiado a veces por una lacerante carencia de medios. En junio pudo anunciar de forma oficial que los principales cabecillas de su demarcación habían sido capturados. Un espejismo, pues el movimiento rebelde renace, con nuevos caudillos y nuevas incursiones. En agosto los insurgentes intentaron reorganizarse a las órdenes de la Junta de Zitacuaro o Junta Nacional Americana y obtienen éxitos puntuales. Las unidades al mando de Cruz respondieron con eficacia y entre julio y diciembre se suceden éxitos que permiten enderezar de nuevo la situación. Destacaron, entre los subordinados de Cruz de esa etapa, los coroneles Pastor (victorias de Ixtlán

y Ahuacatlán), Negrete (Piedad) y Del Río (Colima y Colotitlán).

El 22 de noviembre le fueron conferidos a Cruz los empleos de Comandante General e intendente del Reino de Nueva Galicia y de Presidente de la Real Audiencia de Guadalajara, y una semana más tarde el rango de Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos. En este punto concluye el estudio de Juan Ramón de Andrés. La trayectoria de Cruz en el Virreinato se prolongó aún durante diez años azarosos, en los que exhibió su fidelidad inquebrantable a la causa de la monarquía española, hasta que no le quedó otra opción que la rendición final. Tras su regreso a España, al servicio siempre de Fernando VII, desempeñó la cartera de Guerra en varios ministerios. Fernando VII le nombró miembro suplente del Consejo de Regencia. Con posterioridad tuvo cierta participación en la Primera Guerra Carlista. Etapas finales de la biografía de un militar de una sola pieza, rocoso, irreductible, fiel a su patria y su rey hasta el final, que no renunció nunca a sus principios: figura representativa de un arquetipo opuesto al de tantos otros oficiales de aquel tiempo que optaron por claudicar ante las oportunidades de un tiempo nuevo. Es de esperar que Juan Ramón de Andrés complete la biografía del general Cruz en un volumen adicional al que aquí nos ocupa.

ANDRÉS GAMBRA